

# El Nacionalismo creador de José Manuel Balmaceda

por Julio César Jobet

El 19 de septiembre de 1891, se suicidó el Presidente de la República de Chile, (legalmente dejó de serlo el día antes), don José Manuel Balmaceda Fernández, derrotado por una insurrección de las clases poseedoras y conservadoras apoyadas por el imperialismo inglés. En una actitud de suprema consecuencia con sus ideas y con sus actos prefirió eliminarse a aceptar la derrota y a soportar los vejámenes odiosos de sus enemigos, y como un holocausto consciente para aplacar la furia de las hordas vencedoras y atenuar la persecución cruel a sus partidarios.

Desde aquella fecha aciaga en la historia de Chile, su figura mártir no ha cesado de crecer en la admiración y el respeto de sus connacionales. Su obra ha adquirido mayores dimensiones al compararse su patriótica y desbordante actividad creadora con la esterilidad y corrupción del período parlamentario impuesto a raíz de su muerte; y su sacrificio doloroso sigue provocando sentimientos de asombro y pesar y, a la vez, de condenación hacia quienes lo determinaron por ceguera, egoísmo y obcecación política.

El brillante escritor y educador Eugenio González Rojas, en uno de sus grandes discursos en el Senado de la República, emitió un juicio acertado sobre el significado profundo de Balmaceda, que traduce el pensamiento de la inmensa mayoría de los chilenos de esta época. Al rechazar el mito portaliano esgrimido por las reducidas fuerzas conservadoras a manera de remedio posible en la grave crisis nacional del presente, afirmó que su forzada e interesada actualización sólo podría tener una eficacia reaccionaria; en cambio nuestro deseo sería "que surgiera,

dignificando nuestra vida pública, un hombre realmente señero como don José Manuel Balmaceda, personalidad por donde se le mire superior a su medio y a su tiempo, en la que armoniosamente se conciliaron las altas dotes del talento y del carácter, la amplia visión del estadista de rango y la recia voluntad de un constructor apasionado en el servicio de su pueblo. Fecunda como pocas su actividad política y, sin exageración puede decirse, inigualado entre nosotros el noble estilo que trasunta, con impresionante coherencia, en sus actitudes y en sus palabras, tanto en el ejercicio del poder como en las vísperas de su sacrificio, en su vida y en su muerte. Sería irrespeto inexcusable compararlo, aunque fuera en ocasionales desbordes de la gratitud partidaria, con cualquiera que confunda la energía del hombre de Estado con los arrestos del personalismo".

**La ruta del estadista** José Manuel Balmaceda nació en Santiago de Chile, en 1838, en el seno de una familia distinguida, de la aristocracia colonial. En su juventud demostró una inicial vocación eclesiástica, pero pronto su espíritu atormentado experimentó la fuerte influencia del movimiento demo-liberal desatado en Chile desde la administración de Manuel Montt (1851-1861), junto al deslumbramiento de las doctrinas de los pensadores franceses del siglo XVIII, como Montesquieu, Rousseau y Voltaire, leídas y asimiladas con entusiasmo y pasión.

De esta suerte evolucionó con decisión hacia el liberalismo combativo, entrando a actuar en el poderoso frente reformista constituido durante la década de José Joaquín

Pérez (1861-1871), al lado del maestro José Victorino Lastarria, de los hermanos Manuel Antonio y Guillermo Matta, Pedro León y Angel Custodio Gallo, Justo y Domingo Arteaga Alemparte, Isidoro Errázuriz, Vicente Reyes, Eduardo de la Barra.

Balmaceda impresionó a sus contemporáneos desde sus primeras inquietudes públicas. Los hermanos Arteaga Alemparte, en su obra clásica "Los Constituyentes de 1870", nos dejaron un testimonio penetrante de su naciente personalidad política y un acertado juicio sobre su destino. Para los críticos citados, Balmaceda era una de las encarnaciones más atrayentes y elevadas del pensamiento de progreso político, originada en los clubes de reforma de la época. Escribían: "hay en su inteligencia bastante fuerza lógica, en su carácter bastante impetuosidad, en su alma bastante pasión, para no permitirle quedarse a medio camino. Tomada una dirección, se pone en marcha, y puesto en marcha, llega al término de la jornada".

En verdad, a lo largo de toda su trayectoria pública, se advierten un recio carácter, un batallador espíritu liberal y un gran dinamismo realizador. Era un orador brillante y, al mismo tiempo, un infatigable hombre de acción. Cada discurso lo ratificaba con una obra práctica de adelanto, al servicio de la colectividad.

Al definir su oratoria, los Arteaga Alemparte, señalan estas características: "El señor Balmaceda puede disminuir sin peligro el lujo de las vestiduras de su elocuencia, bastante hermosa por sí misma. Su dialéctica es firme, la disposición de sus discursos, generalmente feliz, su punto de vista elevado. A esas dotes junta una voz clara, insinuante, persuasiva, rica en entonaciones. Hay energía en su apostura y la sangre que falta a su semblante pálido y rubio, está bien suplida por los nervios, esa sangre del alma". Con el correr del tiempo su oratoria ganó en profundidad; conservó siempre su belleza formal pero se enriqueció con el planteamiento de los grandes problemas nacionales de acuerdo con enfoques originales, a la luz de una concepción renovadora de la vida económica, social y política del país.

**Candidato a la Presidencia de la República** Desde su elección de diputado en 1870 se desempeñó con singular brillo y aplauso en la política. En el Parlamento, en la Diplomacia y en el Ministerio ocupó cargos de responsabilidad y los sirvió con inteligencia y de-

sinterés. Le tocó vivir sucesos de honda trascendencia para el destino del país y en ellos participó con altas misiones "los difíciles y exigentes episodios de la guerra del Pacífico (1879-1883) y los apasionantes años de la administración liberal de Domingo Santa María (1881-1886). En ese quinquenio dramático se dio término a la guerra y se firmó la paz después de largas y complicadas negociaciones; en él también se dictaron numerosas leyes para afirmar el liberalismo y el laicismo, a costa de una lucha enconada con la Iglesia Católica y el conservantismo. En la administración de Santa María le cupo a Balmaceda una destacada actuación en calidad de Ministro del Interior. Debíó defender ante el Congreso aquellas leyes tan resistidas por los elementos ultramontanos, con su elocuencia y tenacidad acostumbradas, concitándose la admiración y el respeto de las huestes liberales y el rencor profundo de las mesnadas conservadoras. Su brillante papel en el gobierno de Santa María tuvo como remate natural su designación de candidato a la Presidencia de la República, en la gran convención liberal de enero de 1886, celebrada en el puerto de Valparaíso.

Al aceptar tan señalado honor, Balmaceda pronunció un discurso-programa notable. Constituye la expresión ideológica y política de un verdadero estadista, atento a las necesidades inmediatas y a las exigencias de largo alcance propias de un país en desarrollo, consideradas ambas en un marco doctrinario liberal amplio en el plano político y enriquecido por ideas realistas y nacionalistas en el dominio económico-social. No se limitó a exteriorizar su anhelo de extender la democracia, en cuanto a nuevas leyes e instituciones; al mismo tiempo enfocó el nivel material de la nación y presentó los rasgos de una vigorosa política económica propia para la situación chilena: "El cuadro económico de los últimos años prueba que dentro del justo equilibrio de los gastos y las rentas, se puede y se debe emprender obras nacionales reproductivas que alienten especialmente la hacienda pública y la industria nacional.

"Si a ejemplo de Washington y de la gran República del Norte, preferimos consumir la producción nacional, aunque no sea tan perfecta y acabada como la extranjera; si el agricultor, el minero y el fabricante construyen útiles o sus máquinas de posible construcción chilena en las maestranzas del país; si ensanchamos y hacemos más variada la producción de la materia prima, la elaboramos y transformamos en substancias u

objetos útiles para la vida o la comodidad personal; si ennoblecemos el trabajo industrial aumentando los salarios en proporción a la mayor inteligencia de aplicación por la clase obrera; si el Estado, conservando el nivel de sus rentas y de sus gastos, dedica una porción de su riqueza a la protección de la industria nacional sosteniéndola y alimentándola en sus primeras pruebas; si hacemos concurrir al Estado con su capital y sus leyes económicas, y concurrimos todos, individual o colectivamente, a producir más y mejor y a consumir lo que producimos, una savia más fecunda circulará por el organismo industrial de la República y un mayor grado de riqueza y bienestar nos dará la posesión de este bien supremo de pueblo trabajador y honrado: vivir y vestirnos por nosotros mismos. A la idea de industria nacional está asociada la de inmigración industrial y la de construir, por el trabajo especial y mejor remunerado, el hogar de una clase numerosa de nuestro pueblo, que no es el hombre de la ciudad, ni el inquilino, clase trabajadora que vaga en el territorio, que presta su brazo a las grandes construcciones, pero que en épocas de posibles agitaciones sociales puede remover intensamente la tranquilidad de los espíritus”.

Su discurso traducía su honda preocupación por el desenvolvimiento de todas las fuerzas productoras de la nación; la modificación de su base material primitiva; el estímulo a los diversos sectores sociales creadores, con especial atención a las masas trabajadoras; y un franco repudio a la posición económica del “laissez-faire, laissez-passer”, a cuya sombra el Estado y sus conductores mantenían la más completa indiferencia dedicando sus esfuerzos únicamente a las cuestiones político-ideológicas. Así, el país presentaba un notable progreso jurídico con una oligarquía dirigente de alto nivel de vida y de apreciable cultura doctrinaria, pero sobre una nación de atrasada base material cuya fisonomía rural, con grandes masas campesinas pobres y analfabetas, era imperativo cambiar. Por tal razón, Balmaceda proponía la intervención del Estado en la creación y avance de una industria nacional, la protección al trabajador, y el fomento de la educación.

En su noble afán de adelanto material, cultural y político consideraba de rigurosa obligación la labor permanente, incansable y tenaz del jefe del Estado y de sus colaboradores. Detestaba con indignación, a aquellos gobernantes desprovistos de una apasionada y diaria inquietud creadora.

**Incansable y tenaz reformador** Desde que **asumió el gobierno de la República,**

(1) con un **profundo** conocimiento y comprensión de la **realidad** inmediata, actuó con dinamismo y **eficiencia**, realizando la más caudalosa obra de **progreso** y, a la vez, con clara visión del **futuro** del país planeó medidas de largo alcance donde chocó contra los poderosos intereses creados nacionales y foráneos, y de su estrecha **confabulación** brotará la más cerrada **oposición** a su labor. A partir del primer día de su período presidencial se exhibió como un estadista superior, preocupado por el beneficio de su pueblo y la grandeza de su país. Hombre de realidades y gobernante de noble ambición reformadora, atento al presente y dirigido al porvenir, sintetiza su dinámica empresa en un discurso pronunciado en La Serena, en marzo de 1889. En uno de sus párrafos expresa: “El Estado puede suministrar, en gran parte, los elementos en que las aptitudes individuales deben ejercer su acción directa y bienhechora, y por esto procuró que la riqueza fiscal se aplique a la construcción de liceos, escuelas y establecimientos de instrucción de todo género que mejoren la capacidad intelectual de Chile; y por eso no cesaré de emprender la construcción de vías férreas, de caminos, de puentes, de muelles y de puertos, que faciliten el trabajo, que alienten a los débiles y que aumenten la savia por donde circula la vitalidad económica del país”.

En su afán de mejorar las comunicaciones se propuso la construcción, de 1.200 kms de ferrocarriles (la red existente alcanzaba a unos 1.000 kms.) y los defendía en bellos conceptos: “Así como las aguas fecundan la campiña árida y seca y la vuelven risueña y la cubren de mieses, así la locomotora y sus carros de acero abren en el valle y en la montaña el surco donde germina el trabajo, se acrecientan los productos, se derrama el capital y se agita la población que vive con el sudor de su frente”. Al mismo tiempo hizo abrir, de preferencia en las regiones apartadas, más de 1.000 kms. de caminos, y por las exigencias del tendido de las redes ferroviarias y camineras ordenó construir alrededor de 300 puentes, entre ellos varios de enorme envergadura, como los viaductos del Malleco (450 metros de largo a una altura

(1) En Chile, a menudo la iniciación de un período presidencial coincide con una gran catástrofe geológica o una grave epidemia, ocasionando pérdidas de vidas humanas y de bienes materiales de grandes proporciones. A Balmaceda le afectó una terrible epidemia de cólera, a fines de 1886, causante de varios miles de víctimas.

de 100 metros sobre el nivel del agua), soberbia y ejemplar obra de ingeniería y del Bío-Bío, de 1.888 metros de largo; y se levantaron numerosas estaciones con sus bodegas respectivas. Se tendieron 1.500 kms. de líneas telegráficas. Para atender a las necesidades marítimas se habilitaron 10 puertos con muelles y malecones; se levantaron grandes edificios de aduana en Valparaíso; se construyó un dique seco en Talcahuano y se colocaron más de 30 faros a lo largo del litoral.

Su plan de obras públicas se tradujo, además, en el mejoramiento de las ciudades, con la pavimentación de numerosas calles y dotación de servicios de agua potable; edificios para intendencias y gobernaciones; decenas de hospitales; y en Santiago, se canalizó el río Mapocho, se construyó el palacio del Ministerio de Industrias y Obras Públicas, el edificio de la Escuela Militar, el edificio y talleres de la Escuela de Artes y Oficios; en Valparaíso, el edificio de la Escuela Naval. Se preocupó, también, de la modernización de las fuerzas armadas, utilizando los servicios de instructores alemanes y desde 1887 empezó a funcionar la Academia de Guerra. Se inclinaba por la existencia de un ejército permanente pequeño, pero bien constituido y eficiente, con una Guardia Nacional numerosa, como organismo semimilitarizado. Hizo adquirir varias naves poderosas, aumentando y fortaleciendo la marina de guerra en atención al largo litoral del país. Su preocupación por la expansión marítima del país se concretó en la afirmación de la soberanía chilena sobre la Isla de Pascua.

Balmaceda dedicó especial cuidado al fomento de la colonización con el fin de incorporar las fértiles tierras de la Araucanía a la agricultura (provincias de Malleco y Cautín). Llegaron casi 24.000 inmigrantes europeos y obtuvieron "hijuelas" (lotes), de buenas tierras. En cuanto a la Hacienda Pública y Finanzas, tendió a simplificar el régimen tributario, a disminuir la deuda interna y a consolidar la deuda externa. Esta casi no aumentó y preparó al país para la conversión metálica mediante la gradual eliminación del billete inconvertible y la prohibición a los bancos de emitir billetes en un monto superior a sus encajes. En general la Hacienda Pública fue administrada recta y eficientemente. Respecto de la Administración Pública logró un alto mejoramiento reorganizando los servicios y propendiendo a una eficaz descentralización.

Según el criterio de Balmaceda, la minería debía no sólo procurar materias primas al

mercado exterior; su papel principal era servir de fundamento sólido a una industria metalúrgica poderosa. De ahí su sostenido propósito de impulsar la industria nacional y de asegurar un desarrollo incesante de la instrucción pública. Y ambas metas se alcanzarían por la acción y riqueza del Estado dentro de una política realista y sensata. Creó el Ministerio de Industrias y Obras Públicas, en 1887, para dar mayor estímulo a esa finalidad, y su acción logró resultados apreciables. Entre 1887 y 1890 empezaron a funcionar más de 40 fábricas de cierta importancia y algunas, como las de G. Bash, en Santiago, y Lever y Murphy, en Valparaíso, ocupaban varios cientos de obreros en sus faenas. A los establecimientos fabriles nacionales el gobierno los apoyaba entregándoles la construcción de locomotoras, carros planos, estructuras metálicas de los puentes, barcos, maquinarias, asegurándoles labor permanente y de tal suerte permitirles su crecimiento.

La Exposición Nacional de 1888 entregó una optimista muestra del avance del país en este rubro reciente de la actividad nacional.

En cuanto a la instrucción pública, Balmaceda puso especial énfasis en su desenvolvimiento y en su progreso, estimándola un agente decisivo en el avance económico, social y espiritual de la nación. En su discurso-programa le dedicó párrafos magistrales: "Es la instrucción la ley del espíritu y la moral aplicada con discernimiento a las acciones de los hombres. Ella constituye el más seguro fundamento de los derechos individuales y la más seria garantía de la prosperidad general. La influencia intelectual, los progresos del siglo, la experiencia y la previsión política, señalan el campo de la instrucción pública como el punto cardinal en que el liberalismo chileno habrá de probar su inteligencia, la superioridad de su doctrina y su positivo anhelo por los intereses del pueblo. En la organización completa del preceptorado, en la aplicación general de los métodos más adelantados de enseñanza, en la creación de nuevas escuelas, en la preparación de los medios prácticos que nos conduzcan a la enseñanza primaria gratuita y obligatoria, en el ensanche y mejoramiento de los internados y externados de la instrucción secundaria, en la adopción de métodos y textos adecuados a los sistemas de enseñanza experimental y práctica, en la constitución del profesorado para la especialidad del profesor en cada ramo, en la fundación de escuelas especiales y propias para servir las industrias del país y, finalmente, en

la reforma de la ley de instrucción pública, encontraremos labor considerable, que requiere gran meditación y estudio, la consagración enérgica de nuestros más sanos esfuerzos. Considero que para emprender con fruto esta interesante reforma, es necesario aplicar las fuerzas vivas del Estado, y desterrar de los recintos de la enseñanza todo espíritu de intolerancia o de secta”.

De acuerdo con sus conceptos programáticos, una vez en el Gobierno, llevó a cabo una fructífera labor en favor del mejoramiento y perfeccionamiento de la educación en todos sus planos. En la rama primaria creó 300 escuelas y 600 plazas de maestros; obtuvo autorización para construir 100 edificios de escuelas primarias y hasta 1890 se habían levantado 60, con capacidad para 25.000 alumnos. Fundó nuevas escuelas normales (La Serena, Chillán) y envió profesores a perfeccionarse a Europa. En septiembre de 1889 se celebró el Primer Congreso Pedagógico, donde se echaron las bases de la evolución moderna de la enseñanza primaria. Al iniciarse el gobierno de Balmaceda funcionaban 786 escuelas primarias con 63.559 alumnos; al terminar su periodo dejó 1.253 escuelas con 114.565 alumnos.

Se preocupó con especial esmero en fomentar la enseñanza profesional y técnica. Creó 6 escuelas prácticas de agricultura, 3 escuelas prácticas de minas y 1 escuela técnica femenina. Dotó de talleres modernos y elementos a la Escuela de Artes y Oficios.

En la rama secundaria creó 10 liceos y el Internado Barros Arana, y en 1889 impulsó la reforma de la enseñanza secundaria estableciéndose el sistema concéntrico. Para preparar el personal idóneo, fundó el Instituto Pedagógico, en el mismo año. Hizo contratar los servicios de un selecto grupo de profesores alemanes, como Lenz, Hanssen, Johow, Schneider, Tefelmacher, quienes cumplirán una larga y destacada actividad en la educación chilena.

Balmaceda dignificó la carrera del magisterio y aumentó las rentas a su profesorado.

En resumen, Balmaceda, atendió con especial interés el progreso industrial y el fomento de la educación. Comprendió que la misión de un estadista chileno, en ese instante histórico, consistía en invertir las entradas provenientes del salitre en estructurar una nueva economía industrial y extender un sistema educacional humanista y técnico. De inmediato se preocupó por llevar a cabo un vasto plan de obras públicas y de la intensificación de cultivo de los terrenos agrícolas; y como medidas de más vasto alcan-

ce se propuso nacionalizar el crédito por medio de un Banco del Estado, para impedir la especulación usuraria de los bancos particulares; nacionalizar la industria del salitre y los ferrocarriles, dominados en gran parte por consorcios ingleses; y llevar a cabo la conversión metálica con el objeto de defender y estabilizar la moneda. Balmaceda, entonces, enfocó siempre los problemas nacionales con un criterio de conjunto, con un sentido orientador y con una voluntad realizadora como no existe ejemplo en la trayectoria de Chile.

Toda su labor obedeció a un pensamiento unitario y aunque liberal sincero en su formación doctrinaria y en su posición política, en el plano económicosocial postuló con firmeza la intervención del Estado para lograr el desarrollo amplio, profundo y homogéneo de la realidad nacional.

**El imperialismo** ¿Cómo se explica que entra en escena Balmaceda, estadista de tan honda visión, de tanto fervor patriótico, haya caído envuelto en una sangrienta guerra civil, odiado y vilipendiado? ¿Por qué las clases sociales tradicionales y los partidos políticos liberales de avanzada ideológica se unieron tan estrechamente para derrocarlo?

Balmaceda apreció certeramente las favorables condiciones creadas por la victoria en la guerra del Pacífico para facilitar el avance del país hacia una fase de capitalismo industrial, con el objeto de abrir paso al crecimiento rápido y armónico de sus fuerzas productivas, romper la desmesurada hipertrofia del salitre en la economía del país y, a la vez, eliminar la ya peligrosa penetración del imperialismo inglés en su captación y aprovechamiento, tornando peligrosa la situación del país ante su dependencia de los consorcios salitreros ingleses, y en menor escala alemanes.

Precisamente, el villano que actúa en el fondo de todo el proceso chileno de aquella época es el salitre, personificado en el magnate inglés Thomas North, prototipo del colonizador de nuevo cuño: audaz, decidido, inescrupuloso y de ambición desorbitada.

Desde el término de la guerra del Pacífico, Chile experimenta un notable auge económico basado en el monopolio del salitre y en la expropiación y concentración de la propiedad agraria en la Araucanía y en Magallanes. Pero las ricas salitreras de Tarapacá pasaron a poder del especulador inglés Thomas North, quien habilitado con capital chileno acaparó los certificados salitreros emitidos por el go-

bierno peruano cuando expropió a los industriales chilenos poco antes de la guerra del Pacífico. Esos documentos se depreciaron, porque el Perú no tuvo dinero para pagar la confiscación. North, con extraordinaria visión no dudó en la victoria de Chile, en vista de su mayor desarrollo, en la contienda de 1879 y se inclinó a su lado. Finalizada la guerra obtuvo del gobierno chileno, imbuído en la filosofía liberal, el reconocimiento de sus certificados y así pasó a transformarse en el gran propietario de las salitreras de Tarapacá. Dominó una industria en plena prosperidad sin aportar capitales efectivos. En seguida, utilizando la expansión del capitalismo británico, le fue fácil importar capital inglés ante las perspectivas lucrativas. North constituyó sociedades anónimas para la explotación del salitre en vasta escala y con los procedimientos típicos del imperialismo. Desde aquella época, las inversiones directas del capital inglés en la producción minero-industrial del salitre, elemento básico de la vida económica chilena, inició la dependencia económica de Chile. El inversionismo inglés se concentró en Tarapacá, dominándola totalmente. En 1889, las inversiones inglesas alcanzan a 24 millones de libras esterlinas: 16 millones en inversiones directas, (salitreras, ferrocarriles, bancos) y 8 millones en empréstitos contratados en Inglaterra. El capital inglés triunfó en la concurrencia entablada gracias a su cuantía y centralización. Chile pasó de su estadio capitalista nacional, de libre empresa y libre competencia, al control económico del capital internacional, sufriendo la deformación imperialista de su economía. El país adquirió la fisonomía de una semicolonía dependiente y entró a producir en calidad de factoría de los grandes consorcios imperialistas. La expansión económica del país no era el resultado del desencadenamiento de todas sus fuerzas productivas sino de la conquista del salitre y de su monopolización por Chile. Se desarrolla, pero lamarrado a la prosperidad de un solo producto. Su semi-feudalismo agrario no se modificó, pero su agricultura todavía se expande por la incorporación de nuevas y ricas zonas al cultivo. A esa realidad semifeudal se agregó su minería monocultora, sostenida en el salitre, cuya deformación se agravó al caer en manos de inversionistas extranjeros, llevando al país al semicolonialismo, al sometimiento económico del imperialismo inglés. Este encontró aliados interesados y fieles en los terratenientes empeñados en perpetuar el régimen semifeudal y opuestos a cualquier avance hacia un mo-

derno capitalismo industrial; en los banqueros usurarios y en los grandes comerciantes especuladores.

Un sector de la burguesía nacional pretendía desarrollar la industria y alcanzar la etapa del capitalismo industrial. Balmaceda se puso a su lado y orientó su política económica en ese sentido, para lo cual se trazó un vasto plan de desenvolvimiento material y educacional del país y, a la vez, planteó una serie de medidas de fondo en orden a socializar el crédito a través de un Banco del Estado y en tal forma romper la dictadura de los bancos particulares; y a nacionalizar el salitre y los ferrocarriles, yugulando los intereses imperialistas.

Los elementos afectados por las ideas y actividades de Balmaceda y concretamente, por sus primeras medidas prácticas en correspondencia con ellas, reaccionaron en forma violenta, coaligándose en contra del gran Presidente y de su patriótica gestión. Se intensificó la oposición a su política agitando las banderas político-jurídicas de la libertad electoral, la eliminación del personalismo y omnipotencia presidencialistas y el establecimiento de un régimen parlamentario por ser más democrático en su origen y funcionamiento que el presidencial establecido en la Constitución de 1833. Conservadores, representantes de la clase terrateniente y de la iglesia católica (aún resentida en contra de Balmaceda por su participación decisiva en la dictación de las leyes laicas); liberales de diversos tonos ligados a Mr. North y a sus negocios; nacionales, expresión política de la oligarquía bancaria; radicales, doctrinarios del parlamentarismo y al mismo tiempo vinculados en calidad de abogados a los apetitos de Mr. North, se mancomunaron cerradamente a una implacable resistencia y oposición a la actitud de Balmaceda.

**El nacionalismo** En el año 1889 alcanzó su momento más dramático

la pugna señalada y quedaron claramente delineadas las fuerzas en lucha. Los partidos históricos, (Conservador, Nacional, Radical y la mayor parte del Liberal) y Mr. Thomas North del lado de la reacción y de la contrarrevolución, Balmaceda respaldado por un reducido sector liberal y demócratas (pequeño partido popular fundado durante la administración, en los años 1887-89) del lado del progreso y de la verdadera revolución industrial propiciada por el gran Presidente.

Balmaceda viajó al norte del país y en

Iquique, principal centro de la provincia de Tarapacá, pronunció un discurso famoso, en marzo de 1889. Enfrentó con franqueza el agudo problema salitrero y expuso con claridad su criterio nacionalista. Sus principales párrafos no dejan dudas al respecto: "La extracción y elaboración corresponden a la libre competencia de la industria misma; mas la propiedad nacional es objeto de serias meditaciones y de estudios. La propiedad particular es casi toda de extranjeros y se concentra exclusivamente en individuos de una sola nacionalidad. Preferible sería que aquella propiedad fuese también de chilenos... La próxima enagenación de una parte de la propiedad salitrera del Estado abrirá nuevos horizontes al capital chileno si se modifican las condiciones en que gira y se corrigen las preocupaciones que le retraen. La aplicación del capital chileno en aquella industria producirá para nosotros los beneficios de la exportación de nuestra propia riqueza y la regularidad de la producción, sin los peligros de un posible monopolio... El monopolio industrial del salitre no puede ser empresa del Estado, cuya misión fundamental es sólo garantizar la propiedad y la libertad. Tampoco debe ser obra de particulares, ya sean estos nacionales o extranjeros, porque no aceptaremos jamás la tiranía económica de muchos ni de pocos. El Estado habrá de conservar la propiedad salitrera suficiente para resguardar, con su influencia, la producción y su venta, y frustrar en toda eventualidad la dictadura industrial de Tarapacá. Es oportuno marcar el rumbo, y, por lo mismo, señalo en los perfeccionamientos de la elaboración, en el abaratamiento de los acarreos, en los embarques fáciles y expeditos, en la disminución de los fletes y del seguro de mar y principalmente en el ensanchamiento de los mercados y de los consumos, los provechos que la codicia y el egoísmo pretendiesen obtener del monopolio. Es este un sistema condenado por la moral y por la experiencia, pues en el régimen económico de las naciones modernas está probado y demostrado que sólo la libertad del trabajo alumbró y vivificó la industria... En el orden de las ideas enunciadas, la viabilidad pública es aquí una grave cuestión de localidad. Juzgo que la cuestión de los ferrocarriles debe resolverse equitativamente, sin lastimar intereses particulares legítimos, ni ofender la conveniencia y los derechos del Estado. Espero que en época próxima todos los ferrocarriles de Tarapacá serán propiedad nacional; aspiro, señores, a que Chile sea dueño de todos los ferrocarriles que crucen su territorio. Los ferrocarriles

de particulares consultan necesariamente el interés particular, así como los ferrocarriles del Estado consultan, antes que todo, los intereses de la comunidad, tarifas bajas y alentadoras de la industria, fomentadoras del valor de la propiedad misma..."

En seguida agregaba: "debemos invertir el excedente de la renta sobre los gastos en obras reproductivas para que en el momento en que el salitre se agote o menoscabe su importancia por descubrimientos naturales o los progresos de la ciencia, hayamos formado la industria nacional y creado con ella y los ferrocarriles del Estado, la base de nuevas rentas y de una positiva grandeza".

En este discurso Balmaceda censuraba el monopolio de la industria salitrera y de los ferrocarriles y en cambio exponía una actitud tendiente al control, como primera etapa, para llegar hasta la nacionalización. El gran Presidente mantuvo siempre sus ideas y tomó varias resoluciones en concordancia con ellas. En su Mensaje a las Cámaras, del 1º de junio de 1889, insistía: "Es verdad que no debemos cerrar la puerta a la libre concurrencia y producción del salitre de Tarapacá, pero tampoco debemos consentir que aquella vasta y rica región sea convertida en una simple factoría extranjera. No podría desconocerse el hecho muy grave y real de que la singularidad de la industria, la manera cómo se ha producido la constitución de la propiedad salitrera, la absorción del pequeño capital por el capital extranjero, y hasta la índole de las razas que se disputan el imperio de aquella vastísima y fecunda explotación, imponen una legislación especial, basada en la naturaleza de las cosas y en las necesidades especiales de nuestra existencia económica e industrial".

Mientras Balmaceda pronunciaba su discurso, Thomas North viajaba a Chile con el propósito de recorrer sus posesiones y adquirir las reservas salitrales del Fisco chileno. Balmaceda rechazó todas las ofertas del magnate inglés. A partir de ese instante, este se dedicó a estrechar sus contactos con los políticos enemigos del Presidente. Thomas North y los salitreros ingleses son defendidos por "influyentes y bien rentados abogados", con poderosas relaciones sociales y políticas. Sus cuantiosos intereses, en gran parte, contrarios a los del país, son cautelados por los principales dirigentes de los partidos opositoristas a Balmaceda. Se ha probado documentalmente la exactitud de las acusaciones de los adeptos al Presidente Balmaceda en orden a que los principales líderes de la oposición estaban al servicio rentado de los magnates sa-

litros y ferroviarios y de Mr. North. Por ejemplo, los personeros liberales Julio Zegers y Eulogio Altamirano. El primero era abogado de los ferrocarriles salitreros de Tarapacá; y el segundo, era abogado de la casa Gibbs, dueña de las grandes empresas salitreras. El más distinguido orador radical y gran parlamentario, Enrique Mac-Iver, era abogado de Mr. North y hacía valer su calidad de congresal en sus asuntos en favor de su cliente. El más violento jefe conservador, y enconado enemigo de Balmaceda, Carlos Walker Martínez, era abogado de numerosos capitalistas salitreros y representante de empresas inglesas. Se produce, pues, una extraña y desconcertante coincidencia: los grandes líderes de la oposición política a Balmaceda prestan sus servicios profesionales remunerados a los consorcios ingleses contra los cuales lucha el Presidente. Por otra parte, aquellos personajes eran, también, los jefes de los partidos defensores de los intereses económico-sociales afectados por la política del gobierno. En seguida fueron los organizadores y conductores de la insurrección que sumió al país en su más sangrienta guerra civil (en ella murieron más de 10.000 personas y se causaron daños materiales por más de 100 millones de pesos de 18 peniques). La victoria significó la instauración del régimen parlamentario de nefastas consecuencias en el desenvolvimiento de Chile.

**La guerra civil** Sin duda fue de cierta importancia el factor político en el desencadenamiento de la guerra civil; efectivamente existía en el seno de la minoría culta la creencia en la superioridad del régimen parlamentario frente al autoritarismo presidencialista, pero no es el único fundamental como pretenden los historiadores antibalmacedistas anhelosos de justificar la absurda guerra civil y de ocultar la participación decisiva, y desdolorosa para los congresistas, del capital internacional con su fuerte ayuda financiera directa, en los preparativos de la insurrección y en el control de la prensa, y, a continuación, su fuerte presión material y diplomática en el curso de la contienda.

La aristocracia veía en el sistema parlamentario el medio propicio para imponer su predominio y avasallar al Ejecutivo fuerte, eliminando el presidencialismo. Con este régimen, personalidades recias y batalladoras como las de Domingo Santa María y José Manuel Balmaceda, contenían a la oligarquía, cercenaban sus privilegios y abrían camino a las nuevas fuerzas sociales. El autoritarismo

presidencial al servicio del progreso nacional, les hería en lo hondo de su poder, influencia y prejuicios. Balmaceda aspiraba de acuerdo con sus antecedentes liberales, a un régimen político parlamentario, a base de un equilibrio justo entre los poderes ejecutivo y legislativo, y sostenido en partidos organizados y disciplinados. Cuando se encontró en la imposibilidad de conseguir la unidad de "la familia liberal" y la disciplina de los partidos políticos, entró a defender con firmeza las prerrogativas del Ejecutivo, según las disposiciones de la Constitución de 1833, en vigencia, y abogó francamente por el sistema presidencialista de gobierno.

El contenido de la oposición a Balmaceda, y fundamento político de la insurrección de 1891, lo definió con su habitual elocuencia Enrique Mac-Iver al explicar el voto de censura de la Cámara de Diputados al Ministerio Sanfuentes, organizado en junio de 1890. En sus párrafos más precisos manifestó: "El poder electoral del Presidente de la República, el personalismo presidencial, pesan como una montaña sobre los hombros del país. Contra el Presidente elector, contra el Presidente acaparador de la actividad social, contra el Presidente jefe de círculos, se sublevan las convicciones, el honor, el decoro y hasta el orgullo nacional. Ya basta; una nueva generación entra al gobierno, que quiere mandatarios y no amos, verdad y no fraudes, justicia y no mercedes, que quiere derecho de elegir para el país y gobierno del pueblo por el pueblo y que lo tendrá".

Sin embargo, en el fondo de aquella bandera ideológica, se ocultaban causas más hondas y determinantes: el ataque enconado a la actitud de Balmaceda de rechazo absoluto a la gestión de la plutocracia nacional y del capitalismo internacional, fuertemente aliados en vista a tomar el control del gobierno; las maniobras de North y de los magnates ingleses para romper la altiva defensa de las riquezas del país de parte de Balmaceda, y desprestigiar su intento de nacionalización de la industria salitrera y los ferrocarriles; la oposición violenta de los sectores latifundistas, bancarios y grandes comerciantes a los insistentes proyectos destinados a poner término a la desvalorización monetaria que beneficiaba a los propietarios de fundos hipotecados, a los exportadores y a los consorcios extranjeros, y a su política crediticia orientada a crear un Banco del Estado e impedir las especulaciones usuarias de los bancos particulares.

Por otro lado, son innumerables los testimonios acerca del papel de North como ins-



tigador del movimiento insurreccional. En sus informes al Departamento de Estado, el Ministro de los Estados Unidos, Mr. Patrick Egan, comenta que las casas inglesas contribuyeron al financiamiento de la insurrección y sus jefes han reconocido en forma franca el aporte de la suma de 100.000 libras esterlinas por Thomas North.

Dentro del país los congresistas contaron con el apoyo de la Marina de Guerra y por su intermedio se apoderaron de la región salitrera, clave de la lucha. Con el dinero de North y de los industriales ingleses adquirieron armas y reclutaron un numeroso ejército, ofreciendo a los obreros del salitre \$ 2 diarios durante la campaña y amenazándoles que serían despedidos y nunca más tendrían ocupación si no se unían a ellos. El ejército lo organizó, según nuevas tácticas, y con armamento modernísimo, el oficial prusiano Emilio Korner, quien abandonó el gobierno presionado por los intereses salitreros y comerciales alemanes, contrarios también a Balmaceda.

El salitre es la clave de la revuelta. La región donde se producía fue la sede del levantamiento y de la Junta Revolucionaria dirigente; sus rentas más la ayuda exterior del imperialismo inglés permitieron el financiamiento de la campaña de ocho meses (enero-septiembre de 1891), y a sus trabajadores se les transformó en soldados "constitucionales", mientras obreros bolivianos los reemplazaban temporalmente en las faenas. Un telegrama de Isidoro Errázuriz, máximo orador liberal y connotado jefe de la rebelión, enviado al representante de la Junta en el Perú, el 30 de abril de 1891 es altamente esclarecedor. Dice: "Ocupamos a Tacna, Tarapacá, Antofagasta y Atacama con una renta de 33 millones contra 17 para el resto del país; con 13 millones de libras esterlinas de capital extranjero contra 800 mil en el resto; con 60 millones de comercio y 60 mil residentes extranjeros".

En el sangriento conflicto el pueblo no participó. Ni Balmaceda ni los insurrectos tuvieron un respaldo popular, porque las masas no entendieron el significado de la insurrección ni comprendieron la gran obra de Balmaceda a pesar de estar a su servicio. Los ejércitos de uno y otro bando en lucha se formaron con obreros y campesinos. El pueblo demostró una indolencia e indiferencia completas.

Balmaceda afrontó casi solitario la trascendental crisis, con la única adhesión del ejército regular, el cual luchó valerosamente, pero sin jefes de calidad. Tal vez el error de

Balmaceda consistió en no formar un partido popular democrático abriéndole los ojos al pueblo sobre su responsabilidad en la obra emprendida; señalándole con franqueza quiénes eran sus enemigos, sus explotadores, y cuáles sus verdaderos servidores. Debió formular un claro programa político de defensa del patrimonio nacional, indicando al país entero el peligro que lo amenazaba. No desenmascaró el plan de ataque de la reacción, sus apetitos e intereses de clase ocultos tras la bandera de la "libertad electoral" y el parlamentarismo. No planteó su pugna con el Congreso y los elementos foráneos en el seno de las masas. Por eso quedó aislado, sin apoyo popular.

Las fuerzas militares congresistas, conducidas por Koerner y sostenidas por la escuadra ganaron las batallas de Concón y Placilla, y la guerra civil.

**El testamento político** Balmaceda escribió poco antes de suicidarse una carta a sus amigos y colaboradores Claudio Vicuña y Julio Bañados Espinoza, conocida como su "Testamento Político". En sus páginas junto con vindicar su actitud y su obra, enumera los males que el nuevo sistema parlamentario acarrearía a sus defensores y al país. Su trozo más emotivo expresa: "El régimen parlamentario ha triunfado en los campos de batalla, pero esta victoria no prevalecerá. O el estudio, el convencimiento y el patriotismo abren camino razonable y tranquilo a la reforma y a la organización del gobierno representativo, o nuevos disturbios y dolorosas perturbaciones habrán de producirse entre los mismos que han hecho la revolución unidos, y que mantienen la unión para el afianzamiento del triunfo, pero que al fin concluirán por dividirse y chocarse. Estas eventualidades están, más que en la índole y en el espíritu de los hombres, en la naturaleza de los principios que hoy triunfan y en la fuerza de las cosas. Este es el destino de Chile, y ojalá las crueles experiencias del pasado y los sacrificios del presente, induzcan a la adopción de las reformas que hagan fructuosa la organización del nuevo gobierno, sería y estable la constitución de los partidos políticos, libre e independiente la vida y el funcionamiento de los Poderes Públicos y sosegada y activa la elaboración común del progreso de la República. No hay que desesperar de la causa que hemos sostenido ni del porvenir. Si nuestra bandera, encarnación del gobierno del pueblo verdaderamente republicano, ha caído plegada y ensangrentada en los campos de batalla, se-

rá levantada de nuevo en tiempos no lejanos, y con defensores numerosos y más afortunados que nosotros flameará un día para honra de las instituciones chilenas y para dicha de mi patria, a la cual he amado por sobre todas las cosas de la vida”.

Así desapareció el más grande y visionario de los presidentes de Chile. Sus afirmaciones relacionadas con los trastornos ineludibles del parlamentarismo, tal como lo entendían los vencedores, resultaron de una exactitud impresionante. El sistema parlamentario que funcionó en Chile desde 1891 a 1925, introdujo la más absurda y estéril anarquía política, con una irresponsable rotativa ministerial y en el seno del Congreso desató una charlatanería bizantina. Las obras se paralizaron reemplazadas por los interminables y vacíos discursos. Se produjo la detención del avance económico del país, porque la oligarquía plutocrática dueña del Parlamento recurre al cómodo y suicida expediente de entregar todas las materias primas, el comercio de importación y de exportación, parte de la banca y los medios de comunicación a los consorcios imperialistas como procedimiento normal de financiar los servicios elementales

del Estado y vegetar en medio del derroche de unos pocos pudientes y de la miseria de las mayorías nacionales. La nación en su conjunto quedó sumergida en el atraso, el analfabetismo, las enfermedades y la servidumbre.

En el enfoque de los problemas económicos nacionales y en el intento de resolverlos, Balmaceda se adelantó medio siglo. Fue incomprendido en su inmensa empresa; a menudo luchó solitario y, finalmente, cayó vencido. Durante algún tiempo sus enemigos lograron desfigurar su personalidad y su obra en una avalancha de falsas acusaciones, pero el pueblo, despierto de su pasividad, los intelectuales, los maestros, en una palabra, las fuerzas creadoras del país, lo reivindicaron colocando su nombre glorioso, su figura romántica, en el sitio más alto y venerado de su afecto y de su admiración. Y hoy día, cuando Chile afronta su más dramática crisis y se generaliza hasta hacerse unánime, el acuerdo de la necesidad urgente de una reforma estructural para desatar las energías renovadoras de la nación, el recuerdo y el ejemplo de Balmaceda vuelven a señalar el camino y la decisión de emprenderlo a cualquier precio y venciendo todos los obstáculos.

A usted, lector de la Revista ARAUCO, le sugerimos estos libros sobre temas de candente actualidad:

<b>ESCUCHA, YANQUI, de C. Wright Mills .....</b>	<b>E° 1,02</b>
<b>LA IMAGINACION SOCIOLOGICA, de Wright Mills .....</b>	<b>E° 2,81</b>
<b>LA DEMOCRACIA SOCIALISTA EN LA PRACTICA YUGOSLAVA, de Edvard Kardelj .....</b>	<b>E° 0,25</b>
<b>EL SOCIALISMO Y LA GUERRA, de Edvard Kardelj .....</b>	<b>E° 1,20</b>
<b>EL CAMINO YUGOSLAVO, Programa de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia .....</b>	<b>E° 1,20</b>

Los encontrará en la Sala de Ventas de PLA, Estado 360, 2° piso, Of. 6  
o pídalos a los Agentes PLA.